



1

Un sonido estridente me despierta en medio de la noche. Me vuelvo entre las sudadas sábanas y tanteo la mesilla en busca del teléfono, que sigue protestando como loco. Le acierto con un manotazo y el auricular cae al suelo.

- ¿Delgado? ¿Estás ahí, Delgado? -oigo que pregunta una voz amortiguada.

- ¿Sí? -respondo al encontrar el aparato.

- Hola, soy Ben. Siento llamarte a estas horas pero tenemos un jaleo -Ben es uno de mis compañeros. Un buen tipo.

Suelto una afirmación en forma de gruñido y enciendo la lámpara de la mesilla. La amarillenta luz me ciega durante un instante. Ben sigue hablando. Mi visión se aclara lentamente y me encuentro en el cochambroso cuarto de alquiler en donde vivo desde que Anna me dejó. Las paredes parecen un mapamundi de tantos cercos de humedad. Me incorporo en la cama y los muelles rechinan como viejos artríticos. Ben dice que me espera en una calle de Compton y por fin se calla. Cuelgo el teléfono, miro la hora en el despertador. 5:40. Mierda de trabajo. Me lavo la cara, me pongo la misma ropa de ayer, unos tejanos y una camiseta blanca, salgo de casa.

Ni siquiera ha amanecido cuando llego a Compton, pero eso no impide que haga un calor infernal. El sitio es un callejón maloliente, lleno de basuras y escombros. Los chicos de azul han acordado la zona y vigilan con caras soñolientas que nadie se acerque. Les enseño la placa y levantan la cinta. Bien, chicos, buen trabajo.

- Delgado, por fin estás aquí -me saluda Ben saliendo de un portal. Es un chico de 25 años, bastante poquita cosa, metro setenta, apenas sesenta kilos, camisa planchada, bien peinado. Seguro que hasta se ha afeitado antes de venir aquí.

- ¿Qué ha pasado? -mi voz es un sonido gutural. Me aclaro la garganta, suelto un gargajo al suelo y repito la pregunta.

